

Yosef COHEN – Uriel SIMON, *R. Abraham Ibn 'Ezra. Yesod Mora wě-sod Tora*. Mahādura madda'it mēbu'eret. Mahādura šēniyya murḥebet u-mētuqenet. Ramat Gan, Universitat Bar-Ilan, 2007, 2ª ed., 274 pp.

La historia del yemení Yosef Cohen (1924-2002) es una de esas historias que parecen más a la novela que a la realidad. De jovencito, con trece años, se convirtió en *šoḥet* (matarife ritual) sin ningún estudio especializado. Pero en una ocasión se encontró en un estercolero con dos hojas del Cuzarí de Judá ha-Leví y quedó fascinado, se le abrió ante él un mundo nuevo impensado. En 1948 viene a Israel, recién fundado el nuevo Estado Judío, donde con esfuerzo y constancia trata de inmergirse en el legado cultural judío, con muchas dificultades, pues por su edad no lo admitían en muchos centros y tenía por otra parte que buscarse un medio de vida. Por fin a los 68 años, en 1983, defiende su tesis de doctorado sobre la doctrina filosófica religiosa de Abraham Ibn Ezra. Continúa sus investigaciones y en 1990 publica en la revista *Alei Sepher* una edición crítica del *Yesod Mora wě-Sod ha-Tora*. En la Universidad de Bar Ilán conoce al Prof. Uriel Simón, especialista en la exégesis de Abraham Ibn Ezra y juntos publican en 2002 una edición científica comentada del *Sefer Yesod Mora*. Cohen fallece poco después de este evento y Uriel Simón, que en los años siguientes trabaja intensamente los escritos de Abraham Ibn Ezra, emprende de nuevo esta segunda edición “que amplía, corrige, embellece, complementa y enriquece” la primera edición. Como se dice en el frontispicio de la obra no se trata de una edición crítica de la obra utilizando la treintena de manuscritos que nos la han conservado, sino de una edición científica, perfectamente válida, que se fundamenta en cinco manuscritos (la edición más inmediata precedente de Israel Levi, 1985, se basaba en tres manuscritos). Hay pues que esperar que el texto sea en general bueno y definitivo. Hay, por supuesto, casos en los que la lectura es incierta. Así, al final de la Puerta 1 se dice que con “la ciencia de la lógica (*ḥokmat ha-Mibṭa*) puede el hombre conocer las reglas que son los guardianes de sus muros” (I, 128 de la edición de Cohen). “Guardianes de los muros” (*šomre ḥomot*) llama Ibn Ezra a los masoretas, porque ellos con sus recuentos (de versos, de palabras, de letras) han mantenido, han custodiado las fronteras de las Sagradas Escrituras, sin permitir que nada disminuya o se añada. Son por tanto auténticos “guardianes de los muros”. Pero ¿qué senti-

do tiene llamar a las reglas de la lógica guardianes de los muros? Pero hay que observar que en el texto citado no aparece *šomre* sino *šimmure* (vigilancia de), aunque en un manuscrito sí ocurre *šomre*. Pero la dificultad viene de la palabra regida, *ha-ḥomot* (“guardianes de los muros”) en un manuscrito, *bě-mahutam* (“guardianes de su esencia”) en otro manuscrito, o, la lectura principal que escogen los editores de otro manuscrito *kḥwtm*, que puede leerse *koḥotam* (“guardianes de sus potencialidades”) o *kě-ḥotam* (“guardianes/salvaguardia como un sello”). En cualquier caso la edición del texto no soluciona la dificultad.

En el *Yesod Mora* Ibn Ezra se propone comentar los mandamientos de la Ley a su discípulo Yosef ben Jacob, pero no lo hace a la manera tradicional, al estilo, por ejemplo, de un Maimónides o de un Najmánides, que hacen un recuento de los mandamientos y describen su contenido. Ibn Ezra hace ciertamente clasificaciones de los mandamientos (por la extensión o abarcabilidad, por los sujetos a quienes afectan, por su naturaleza...). Para él todos los preceptos tienen una razón de ser, una justificación, aunque en casos esa razón sea oscura o desconocida. Los preceptos desempeñan en el hombre un papel importante en cuanto lo conducen según la razón, son los marcadores de su conducta racional, que le han de llevar a la máxima perfección que es la unión con Dios, que es el fin del hombre. Por eso el *Yesod Mora* se convierte en una disertación filosófica sobre el ser del hombre, sobre el sentido de la existencia humana, sobre la naturaleza del alma humana. Se trata pues de una pieza importante para conocer el pensamiento filosófico de Abraham Ibn Ezra. Es una de las obras donde el tudelense expone mejor y con más claridad la función de las ciencias de la Tora (masora, gramática hebrea, exégesis bíblica y Talmud) y de las ciencias profanas (astronomía, geometría, matemática, astrología, física, lógica). Importante su afirmación: “Toda ciencia da vida a su poseedor. Las ciencias son numerosas y excelentes, todas son como peldaños que suben hasta la ciencia de la verdad”.

El esfuerzo de los editores se dirige fundamentalmente al comentario del texto. El texto propiamente dicho del *Yesod* ocupa unas cinco líneas en cada página. Todo el resto de la misma lo incluye el aparato crítico y el comentario. Al final de la obra Uriel Simón incluye un apéndice sobre la faceta polémica o crítica del *Yesod ha-Mora*.

Entre algunas cosas que me han sorprendido es constatar que de la obra de Dunaš en su crítica contra Saadia se sigue ignorando su verdadero nombre, *Tiqqun ha-Šēgagot* (Corrección de los errores”). Entre los textos que los editores no comentan, hay uno que considero importante, es uno de los signos mnemotécnicos que Ibn Ezra acuña para señalar las letras serviles: KaŠTYL ‘aB HaMWN, esto es, “castellano, Abraham” (= Abraham de Castilla). El punto interesante proviene de que Judá ha-Leví, contemporáneo suyo, es tildado en algunos manuscritos como “el castellano” (*qastellí*). La explicación que se ha dado a ese calificativo es que los judíos andalusíes lo tildaron de “castellano” porque procedía del Norte. Pero el hecho de que Abraham Ibn Ezra se califique a sí mismo de castellano tira por tierra esa explicación.

Indudablemente los editores han dado un material muy importante para la interpretación y comprensión del *Yesod Mora*.